

AMÉRICA

EN EL DESCUBRIMIENTO Y EN EL CENTENARIO

I

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades y su forma, el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más ajenas aun las edades que se han sucedido en el transcurso de

los tiempos, el estadista, y sobre todo, el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea. Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan lejos y tan aparte de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiera pasado en el mundo á no morir de muerte violentísima César, dadas las maravillas de sus proyectos y sobre la inoportunidad con que llegaron al Imperio romano las tribus del Norte, cuando aceptára el cristianismo en Bizancio Constantino y rehiciera la cultura helénica el poeta y filósofo alejandrino con diadema que se llamó Juliano! La intuición puede llenar con las urdimbres relucientes y multicolores de sus ensueños y fantasías el mundo real; pero la observación y la experiencia, predominantes en los estudios históricos y sociales, deben atenerse á la verdad. Por no verla en sí, hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias el descubrimiento de América juzgándolo agotador de nuestra raza como hay algunos escritores americanos que maldicen muy serios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha, donde vivían inocentes y tranquilos en casta desnudez y perdurable ociosidad sus padres sin pecado. Yo seré un poco á lo Bossuet en mis miramientos con la Providencia de Dios; ó un mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento dialéctico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad individual, y tan encadenado en sus nexos invisibles, que no puede ni quitarse, ni añadirse un hecho capital, producto del tiempo eterno, cuya virtud, así como transforma esas masas ígneas á que llaman soles en habitables tierras, concreta los hechos más singulares en sistema con otros inacabables hechos, consiguientes al primero, su generador, los cuales llegan á formar en las líneas del espacio y en las horas del tiempo una edad histórica de incontestada evidencia. Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos que ser descubierta por nosotros en el plan providencial ó lógico de la humana historia. ¿Cuál civilización, cuál de las conocidas, una vez al zenith llegada, dejó de tener la expansión que tuvo la cultura española en el siglo décimoquinto? Los arios nacidos sobre la meseta central del Asia, llegaron á impulsos del movimiento expansivo, de un lado, hasta la desembocadura del Ganges, y de otro lado, hasta la desembocadura del Éufrates; los egipcios ascendieron desde las bocas del Nilo á las arenas de Libia y Etiopia; los caldeos entraron en la Bactriana por Oriente, la Bactriana, techo del mundo y en Jerusalén por Occidente, Jerusalén, santuario de la metafísica religiosa; en cuanto Tiro tuvo los cedros del bíblico Líbano flotando en el Mediterráneo bajo sus pies y en sus manos la letra del revelador alfabeto, abordó á Cartago y á Gades, señoreó la costa meridional del Mediterráneo y circunvaló el África; la civilización helénica no podía quedarse á la sombra del ar-

monioso Parthenón, oyendo el duo compuesto por el Cefiso y el Alfeo bajo su bóveda de laureles, tuvo que volver al Asia, de donde había venido, y que llegar en sus expansiones á Cachemira por los bosques indios y á las Pirámides por el desierto africano; la civilización latina concibió la idea universal del derecho civil, no para ella misma, para el mundo entero, y así necesitó conquistarlo primero y esclarecerlo después; la civilización católica no se redujo á Europa, en cuanto rebasara su infancia, como no podía la civilización mongola por su parte, así que constituyó su Estado, reducirse á Tartaria, y por ello, mientras los turcos bajaban en sus irrupciones al Bósforo, subían los cristianos en sus cruzadas á Siria; como la cultura española, tan espléndida, no podía quedar encerrada entre los Pirineos y la desembocadura del Tajo y del Estrecho, necesitó extenderse, y para extenderse, mientras Portugal encontraba las perdidas Indias, nosotros evocábamos entre los dos Océanos América, en la hora providencial en que la conciencia se renovaba por la revolución religiosa, el pensamiento se redimía y se multiplicaba por medio de la prensa, y el Arte revivía y la Historia se completaba en el Renacimiento. Ministros de Dios y servidores de la humanidad fueron, pues, los marinos hispanos que hallaron el Nuevo Mundo en la soledad de los mares.

II

Para ver cómo las fuerzas naturales y las fuerzas humanas concurren á estas grandes obras históricas, no hay sino estudiar la repetición de los mismos hechos en tiempos entre sí apartados y en pueblos entre sí diferentes. El curso de la civilización se relaciona con el curso de las aguas. En las riberas, como los faros, los ideales. El curso de los ríos coincide con el movimiento de las almas. Los brahmanes del Indo, los magos del Tigris, los profetas del Jordán, los sacerdotes del Nilo, los filósofos del Pireo nos dicen cómo las civilizaciones se dilatan por costas y riberas. Puede asegurarse que la civilización ha sido primero fluvial, después mediterránea y por último interoceánica. La tierra por Dios á este fin apercebida; la que debía transformar en interoceánica la civilización encerrada desde los tiempos fenicios hasta el siglo décimoquinto en el Mediterráneo; era la península que tiene sobre las costas mediterráneas, Barcelona y Valencia y Cartagena y Málaga como sobre las costas oceánicas Lisboa y Huelva y Cádiz y hasta cierto punto Sevilla. Tal como estaba el descubrimiento de América en la serie natural de los hechos históricos, no hay más que saludarlo con toda la efusión de nuestras almas sin volver los ojos á tesis tan baldía como la incomprendible tesis de si hubiese sido mejor no descubrirla ni civilizarla por medio de aquel nuestro singular y titánico esfuerzo, el cual parecía movido por los egoísmos de raza y resultó en procomún de la civilización universal. Aunque América no hubiese otra cosa hecho que renovar la vida, bienaventurada su presencia entre los viejos continentes y su arribo providencial á la común cultura

crisiana. Bendito, mil veces bendito el Nuevo Mundo. La mezcla de su vida con la vida europea trajo alimentos, al pobre tan indispensables, como el maíz y como la patata. El número de medicinas, con que robusteciera nuestra compleción y ahuyentara tantas enfermedades terribles como nos asaltan; algún día, cuando éntre la historia más en el acervo común de los conocimientos populares, quedará escrito con recuerdos indelebles en la gratitud universal. Basta recordar que le debemos la quina, basta para entender cuántas enfermedades terribles ha conjurado y qué filtro de salud ha difundido en las humanas venas. Aquel inmenso continente, desde uno á otro polo extendido; por manera tan feliz angostado en el istmo que une como sortija preciosa los dos hemisferios; revelador del cielo austral con sus astros nuevos y sus constelaciones multiformes; cortado por venas de agua tranquila y mansa tan idóneas para facilitar las comunicaciones; con el Pacífico á un lado y á otro el Atlántico, maravillosos ambos; por un collar de islas unido á Europa y por otro collar de islas unido al Asia; con pampas donde hay espacio y alimento para innumerables generaciones; con ríos que creeríais mediterráneos y cuyos desagües endulzan las marinas sales; con cordilleras donde brillan los ventisqueros y los volcanes reunidos en alturas tan enormes que parecen estrellas de diversos colores y aspectos; con bosques henchidos de tal savia, que llegan por sus excesos á producir como una voraz combustión de vida y con minas tan abundantes de metales ricos y con criaderos tan copiosos de pedrería inapreciable; con tal número de aromas y especias que los tomaríais por jugo de una sangre nueva y con tal corte de costas, bahías, y puertos que convidan al comercio, al cambio; no solamente centuplicó las fuerzas materiales del hombre allegándole con prodigalidad el tributo de sus producciones, rejuveneció el planeta en general y particularmente nuestro humano sér anegándolo en éther inmaculado y nuevo. Como la revolución religiosa renovó la conciencia; como la Pascua del Renacimiento renovó las artes; América renovó la Naturaleza. Y, tanto como la Naturaleza, renovó la sociedad. Los cambios del comercio nuevo excedieron á los productos del suelo antiguo. Concluyó la guerra por la guerra, signo de los tiempos feudales; y empezó la guerra y la conquista por el provecho material, un relativo bien. Á los afanes por el combate sucedieron los afanes por la navegación. Los cruzados se trocaron en exploradores. Recibió un terrible sacudimiento la propiedad feudal con aquella competencia de campos jóvenes entregados al trabajo y á la colonización. Ninguna casta posible allí como en Asia; ninguna teocracia como en África; ninguna monarquía como en Europa. La Religión misma, llegada en el período crítico de sus renovaciones completas, no podrá pasar allí por las fases que tuvo aquí en la Edad Media. Esta falta de las sobreposiciones históricas, tan gravosas con su gran pesadumbre sobre las tierras del viejo continente, imposibilitaba el privilegio y favorecía la libertad, como la falta de cultivo en las tierras vírgenes prepara y apercibe á toda clase de plantaciones y siembras el campo henchido por intenso vegetal jugo. No podían los privilegios allí brotar de las raíces del tiempo histórico y de la vieja tradición como entre nosotros. Semejábase aquel

espacio americano á encerrado inmenso, permitiendo escribir en él todas las fórmulas algebraicas de los problemas sociales, como lo demuestra la sociedad republicana establecida por los Puritanos en la Pensylvania ó la sociedad comunista organizada por los jesuítas en el Paraguay. Tierra de la navegación, del cambio, del comercio, de las exploraciones, de los descubrimientos, de las cruzadas mercantiles, puesta en sus comienzos y principios so el amparo de la tutela europea, debía concluir por ser más tarde, allá en la madurez de su desarrollo, tierra de progreso, de libertad, de democracia, de república, de todos los nuevos ideales, más realizables en aquella Naturaleza sin escombros y en aquella sociedad sin recuerdos que aquí en esta Naturaleza tan trabajada donde llevamos dentro de nosotros mismos, en nuestro espíritu, como dentro de un cementerio inmenso, tantos y tantos muertos. No debe pues haber más que una voz en el mundo europeo para bendecir el descubrimiento de América y el pueblo descubridor.

III

Pero cosa más fácil convencer á los españoles y demás europeos de cuánto bien hicieron en descubrir América que convencer á los americanos de cuánto bien les reportara el ser descubiertos. Los que habitan el territorio, antes hollado por las tribus primitivas indias, lloran su edén perdido, como nuestros padres echados del Paraíso; y los que habitan el espacio, consagrado por dos tan aventajadas civilizaciones, como la inca y azteca, lloran unos Imperios, en su concepto y sentir, sabios al modo de los consultados y encarecidos por Pitágoras y por Platón. En vano la ponderada ciencia moderna, tan admiradora de sus colosales edificios, pone ante sus ojos el término que representaron en el desarrollo de la humanidad sus Imperios, un término á lo sumo análogo con los Imperios caldeo y asirio: creen á puño cerrado en la virtud intrínseca de aquellas religiones y juran por el adelanto enorme de aquellas sociedades, convencidísimos de que interrumpiéramos una vida, la cual, abandonada en el aislamiento y en el silencio á sí misma, hubiera concluído por alcanzar desarrollo, á cuyo término se producen como frutos naturales cerebros superiores al de Servet ó Calderón y metafísica y moral tan perfectas como la moral y la metafísica del Cristianismo. En vano, para mostrarles cuál suerte hubieran corrido en su abandono y en su silencio, les mostró la Historia filosófica un imperio no perturbado por los descubrimientos ó por los descubridores europeos como el Imperio chino; jamás quieren á la evidencia rendirse y siempre hablan de aquellos postizos abuelos que se han decretado á sí en lengua castellana y bajo apellidos tan aztecas como García ó como Ramírez. Sí, la China consiguió una civilización en el Viejo Mundo superior á la civilización prehispánica en el Nuevo, pues una especie de moral sin metafísica, bien semejante á la predicada por el positivismo á la moda, señoreó allí las conciencias; un colegio de bibliotecarios y escritores, como en parte alguna se ha visto ningún

otro igual, guardó integérrimo el saber, legado de unos siglos á otros siglos; un culto á los progenitores muertos, convertido en religión doméstica, hizo del hogar templo y de la paternidad sacerdocio; un régimen industrial, como el soñado por la sociología contemporánea, señaló con medida el trabajo y lo distribuyó con provecho; unas faenas agrícolas de primer orden fecundaron el suelo con cultivo intenso y lo regaron sabiamente con próspera irrigación; un cúmulo perdurable de noticias é ideas mantenido por los mayorazgos de la tradición intelectual, prosperó dicho movimiento, á cuyo calor encontraron alfabeto, prensa, brújula, pólvora y aun telescopio; pero, como decidieran, en la perversión del sentido común, guardarlo todo para sí tras el circuito de su formidable muralla, no han pasado todavía de la infancia cuando son ya presa de una vejez deshonrosa y decrépita: que resultan grandezas estériles todas cuantas son inútiles á la Humanidad y á sus progresos. Por el descubrimiento aun pasan los americanos; pero no pasan por la conquista. Mas yo les pregunto: ¿qué remedio nos queda, si de tal modo nos hizo la Naturaleza? Renegar de los conquistadores, porque guerrearon, equivaldría, en último termino, á renegar de toda la estirpe humana y de toda la progenie nuestra, porque comenzó en el hombre prehistórico forzado por el medio ambiente suyo y por las imposiciones del fatalismo universal á una perpetua matanza. Somos hijos del sacrificador que inmolaba los prisioneros de guerra; hijos del canníbal que se nutría de carne humana; hijos del inquisidor que aventaba las cenizas de los herejes á los cuatro puntos del aire; pues en cada húngaro hay por siempre un Atila, en cada germano un Genserico, en cada noruego y demás escandinavos hoy tan buenos piratas oceánicos, en cada francés un celta inmolador de víctimas humanas, en cada inglés culto y libre un Picto bárbaro, y en todos los hombres una triste ascendencia sujeta por su mal á cien fatalidades inevitables, de cuyo imperio no podían eximirse por ningún excepcional buleto los descubridores y los conquistadores de América. Cuando yo leo las indignaciones de los enciclopedistas del siglo pasado contra las crueldades hispanas en el Nuevo Mundo, no puedo menos que recordar las crueldades apercebidas y preparadas por ellos sin quererlo y sin saberlo en las enormes cristalizaciones de sus ideas á que llamamos revolución francesa. Los cultísimos discípulos de la Enciclopedia se portaron como canníbales. Ensangrentáronse Ródano y Sena con la sangre que destilaba la guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon. Los innovadores, no obstante haber escrito el humano derecho en la conciencia de nuestra humanidad emancipada, renovaron los degüellos de San Bartolomé tras tantas revelaciones nuevas de la ciencia y tras tanta progresión increíbles de la idea. Pero, sin oscurecer nuestra conciencia en complicidad ninguna con el terror, maldiciéndolo y abominándolo, seríamos indignos de pertenecer al género humano, si no proclamásemos tres veces santa la revolución francesa, Génesis del espíritu moderno, y no declaráramos que ha roto las cadenas de todos los esclavos y las argollas de todos los tormentos, desarraigando las raíces del despotismo y reconociendo en el género humano su natural pristina libertad. Pues lo mismo

digo del descubrimiento de América, lo mismo. En otro planeta, con otra humanidad, bajo leyes diversas de las leyes vigentes sobre nuestra especie, acaso hubiérase realizado la indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el viejo á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación. Querer el descubrimiento de América sin guerra, la guerra sin conquista, la conquista sin violencia, la violencia sin estrago, el estrago sin ruina y desolaciones equivale á querer el parto sin dolor y la vida sin muerte. Quien haya guerreado con medios distintos que los esgrimidos por España puede tirar á España la primera piedra. Cualquiera guerra civil entre pueblos hermanos renueva los horrores de una conquista entre pueblos extranjeros mutuamente unos á otros.

IV

La identidad completa del género humano se conoce, no sólo en las comunes grandezas, en las desgracias también comunes. Nada prueba que los pueblos no pueden echarse, históricamente considerados, cosa ninguna en rostro, cual esas idénticas miserias de que sin excepción por sus comienzos adolecen. Así como en la célula todo está confundido, en fetos tales de sociedad, como las tribus primitivas de cualquier continente, la semejanza es mucho mayor que entre las sociedades creadas y maduras. Leyendo yo al escritor Acosta en su libro del origen de los indios, no pude menos que decir y exclamar: *Sancta simplicitas!* Trata de probar Acosta cómo los indios provienen de los mismos españoles que los conquistaron, y á este fin recoge cuantos rasgos encuentra en las historias sobre las familias hispanas primitivas y se los aplica sin empacho, ni escrúpulo, ni meditación, á los indios, por haber topado con iguales rasgos en los primitivos historiadores de Indias, sin caer en la cuenta de cómo han empezado todos por salvajes y de cómo todos los salvajes se asemejan. Así dice como fueran los españoles de costumbres feroces, y usaran groseros mantenimientos, y pecasen de idólatras, y consultaran agujeros, y permutasen las cosas unas con otras sin tener idea del dinero, y se deleitaran en llevar los cabellos largos, y no conociesen la política y menos la crianza, é hicieran sacrificios hasta de hombres; con todo lo cual demostraban, en sentir suyo, haber generado á los indios de quienes cuentan los Colones, los Herreras, los Garcilasos, cosas idénticas á las que cuentan de los iberos Plutarco, Estrabón, Tito Livio, y casi todos los historiadores antiguos en sus viejas narraciones clásicas. Las luces traídas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán misérrimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desvaneció de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se topa con huellas de tristísimos estados humanos, confinantes

casi con la vida material de los animales; y ejemplos de una especie sumida por las entrañas del planeta é identificada con la naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos vivir en hogueras voraces ó en océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramíneas apercibirse á transmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raíces; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á estas grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes agujones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y aromosos. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido bajaban á bandadas los condores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo así la putrefacción universal. Y poco á poco modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca y puso en precipitada fuga los animales carniceros que nos combatían y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento necesarios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual adora el egipcio al perro bajo la forma de sus dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia, creando el humano cerebro. La tradición religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Éufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio más apropiado á nuestra primitiva desnudez y á nuestra connatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre oscuros misterios, cual en torno de los astros espesísimas som-

bras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la Religión para cohonestar el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima; en lo cual nos parecemos todos al comienzo de la vida humana, todos, asiáticos, europeos, africanos, indios orientales y occidentales, todos sin excepción.

V

¿Qué mengua puede sufrir el cuerpo en haber pasado por las viscosidades primitivas de la célula; ni qué mengua el alma en haber pasado por los balbuceos indecisos de la infancia? Pues lo mismo les acaece á las sociedades humanas. Ninguna de las llegadas á un superior estado de civilización y de cultura debe avergonzarse de haber pasado un día por las primeras tribus donde latén los gérmenes de otra superior vida social. El griego, ascendido por esfuerzos de genio hasta producir lo perfecto, la Minerva de Fidias en escultura, el Timeo de Platón en filosofía, el Edipo de Sófocles en tragedias, estuvo sujeto al matriarcado como los indios y pasó por los sacrificios humanos sobre los dólmenes sangrientos como cualquier azteca. Bien ha podido atravesar la tierra generadora de Franklin y de Bello por donde atravesara la tierra generadora de Aristóteles y de Píndaro. Ahora, tenga los fundamentos que quiera la tesis de los americanos sobre una posesión de cultura prehispana superior á la difundida por nosotros allí, basta convertir la vista del espíritu á su continente patrio en la edad nada remota de su invención y comparar esta edad con la corriente del cuarto Centenario de esta invención misma, para persuadirse al juicio nuestro, al juicio de haber conseguido América la suma civilización moderna, obra de tantos siglos y esfuerzos en el Viejo Mundo, á costa de un tiempo muy corto y de sacrificios comunes á la irremediable contingencia de la misérrima humana especie. Casualmente la revelación primera del mundo americano al mundo europeo tiene un historiador incomparable, tiene á Colón; y un documento de valor indecible, el diario, aunque mutilado, interesantísimo, del inmortal descubridor. Por tales testigos de mayor excepción se advierte que la vida social estaba en rudimentarios comienzos, compensados con tal dulzura de costumbres y tal ingenuidad de sentimientos y candor tan puro y tan grande inocencia que recuerda todo cuanto ha cantado la poesía sobre los goces de la bienaventuranza en los Campos Elíseos ó sobre la felicidad y ventura de nuestros padres en el Paraíso terrenal. Todo cuanto ha dicho la utopía respecto de un estado de naturaleza en el hombre, anterior y superior al estado de civilización, se descubre allí en las líneas escritas por el piloto desde su cámara ó al pie de su bitácora, mientras las islas van surgiendo sobre los mares vírgenes y bajo los

cielos espléndidos como nereidas ceñidas con coronas de palmas. ¡Cuán dóciles y buenos los indios del islote primeramente descubierto y abordado por Colón, los indios del Guanahani! Iban desnudos como Adán y Eva sin pecado; y no sentían el rubor en la mejilla, porque tampoco sentían el remordimiento en la conciencia. Brindaban á sus huéspedes con todo cuanto tenían, dándolo de grado. Poníanse los gorros colorados y las zarandajas muy sonantes de la civilización y cultura nuestra con extrañezas y algazaras de monos agasajados. Pintadas las carnes con multicolores zumos, ignorantes de las armas nuestras hasta tomar los sables por el filo, sin hierro de clase ninguna, y sin gobierno y sin comercio, desprovistos por completo de la imperiosa necesidad del trabajo, bien hallados con el alimento que les ofrecían las pródigas ramas de sus fructíferos árboles, parecen anticipaciones del hombre natural soñado por el revolucionario Rousseau antes de firmar los contratos que han de sujetarlo á la sociedad y poetizado en las obras de los dos escritores que han encarecido con mayor elocuencia la vida virgen del Nuevo Mundo, en las obras de Chateaubriand y de Saint-Pierre. Parecen, balanceándose á una sobre sus canoas, con los papagayos en el puño y el asombro en las miradas, unas especies mitológicas de aquellas que indicaban instintivamente los parentescos de la especie humana con las especies inferiores y las raíces que tiene fruto como el humano cerebro en los demás organismos. Cual si fueran unos anfibios, con igual facilidad corrían por sus selvas que nadaban hasta largas distancias por sus mares. Así Colón perdió uno de los indios aprehendidos en la isla del Salvador, el cual creyó posible, arrojándose al agua, volver á su partida desde la isla de Santa María. Y en sus creencias y en sus fantasías y en sus afectos de pueblos niños tomaban á los españoles por dioses y les ofrecían acatamiento como á los ídolos, con brazos y ojos convertidos al cielo. Tendría que ver el primero, á quien Colón vistió para enseñanza y captación de los demás, bonete colorado á la frente, cuentecillas de vidrio verde al brazo, cascabeles á las orejas, todo lo cual no valía cuatro maravedís. Y el ornado tan pajarescamente apreciaba todas aquellas bujerías cual si fuesen verdaderos tesoros. Y cuando pasó de la Santa María en 16 de Octubre á la Fernandina encontró indios más domésticos y los llamó á sí, por más duchos en el ajuste y en el regateo de cosillas baladíes, que llevaban unas veces á nado y otras veces en almadías. Por la isla de Samoet ya encontró casas como alfanegues ó tiendas de campaña, por cuya configuración debemos llamarlas chozas, muy barridas y limpias, pero á sus habitantes considerólos como de igual condición y naturaleza que á los anteriores. Aquí vió hamacas para dormir, y halló que «las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años». Y puso á la isla, donde tales cosas vió, Isabela, en recuerdo y remembranza de la reina Isabel. Y así, de isla en isla, encontrando la misma gente siempre, llegó á Cuba, donde buscaba Imperios, y únicamente halló tribus; oro, y algo más que oro encontró, pues de allí principalmente salieron las patatas, y el tomate, y el maíz, y el tabaco. ¡Cuán sencillo al contar como iban de un punto á otro los cubanos chupando las hojas secas de esta última planta y despidiendo un humillo que tras-

cendía muy lejos! ¡Cuál encantadora la narración de aquel indio, que habiendo cambiado un pedazo de metal precioso por varios cascabeles, echó á correr gozosísimo de su negocio, volviendo á cada paso la cabeza, en su temor infantil de que pudiera el español arrepentirse de su descuido, y deshiciere tal trato, rescatando las baratijas de su civilización y devolviéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosísima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algún ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados, y así tomaban por divinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración cuanto que, al oír el estampido para ellos horrisono de sus cañones, y ver el fogonazo, y experimentar los destrozos causados por los tiros, creyéronlos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebros de relámpagos, tonantes como los espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, según Colón, y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados, como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlos consigo al cielo, de donde no podían menos que provenir tan excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el padre Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como las creían ellos y tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen. Pero no hay que ceder á las entusiastas apologías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma edénico exhalado por el mundo recién inventado en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma de paraíso que por todas partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos prehistóricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las sociedades y con los albores de todas las religiones en el nacimiento y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: he ahí cuanto hallara el gran descubridor en las primeras islas encontradas al rayar en el tiempo los albores de sus descubrimientos.

VI

Pero me observarán los americanos hispanófobos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por doquier en los dos continentes, y con especialidad, en la parte de los dos continentes civilizada por los sendos colosales imperios de aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos colosales de maravillosos edificios americanos, invenidos por los arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vegetación de los trópicos algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zona geológica, donde nacieron y prosperaron las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta. Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores; y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehispánica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Éufrates y del Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras. Palenque, Uxal, Copan, Tiguanao y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Díaz, Cortés y tantos otros nos refirieran de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos, como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clásicas restauradas por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides

por doquier esparcidas, con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanésca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras aladas, y los barcos cocidos, y los vasos lustrosos, y las pinturas históricas, y las calzadas inacabables, y los diques, y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no sólo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas y tantas religiones como nacían y se acababan en aquellos tiempos de theúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas menos á la comodidad que á la defensa; los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construídos de tablas olorosas y las paredes cubiertas de plumas varias y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajareras donde las aves por su canto y por su pluma y por su procedencia se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa; los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las yerbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chatultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreación circuídas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada: toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia Universal. Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados

como Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruanos me recuerda cuanto he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Maspero tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos trágado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenke. Aquellos escmbros en las arenas caldeadas parecen despojos, y nada más que despojos, del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propíleos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geoméricamente trazados sobre portones gigantescos tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas, según el destino y oficio á que las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluidas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy reclusos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiesen penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de Méjico y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas. Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cotejo las ruinas del Yucatán y del Perú con las ruinas de otros sitios y de otros siglos análogos; persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánica; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto

al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huídas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos que había cinco mil en el templo mayor ó primero de Méjico; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso y guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagrada por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una esclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aun á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Éufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideografía y jeroglífica; todos los aspectos, en fin, de su vida, nos enseñan cómo la civilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á los griegos en el desarrollo de la cultura universal. Y no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes cannibales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuído en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el corazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo fundada en el temor de no tornar á ver la salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella excomunión en que devoraban la carne humana los fieles creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico; demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepthe á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más hu-

manas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

VII

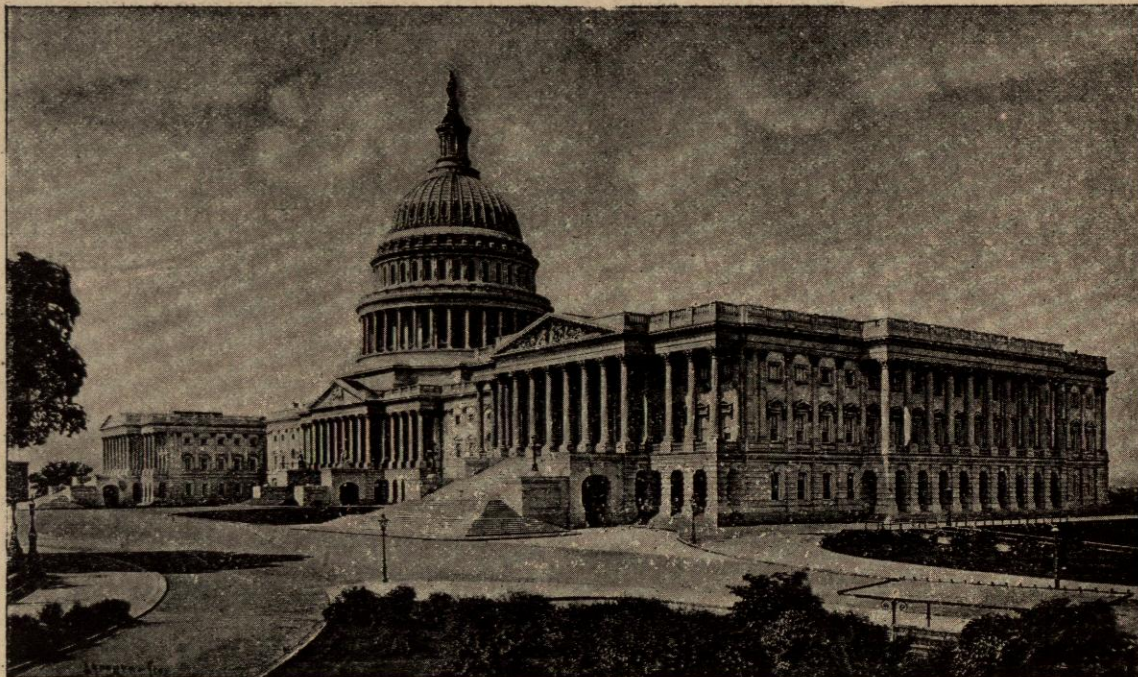
Examinando el movimiento de los siglos y las distancias enormes entre los varios términos de la evolución universal maravillase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á Méjico la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abraham hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independendencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en África; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia representado por Darío y Ciro amén del conflicto de Grecia con Asia representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión en materias religiosas y de Alejandrías en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente; y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre. En política llevábamos los Estados modernos recién salidos del caos feudal; en administración los tribunales permanentes y las Chancillerías que generaba un profundo y mayor conocimiento del derecho romano; en milicia los ejércitos orgánicos muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias una filosofía que comenzaba su emancipación de Aristóteles y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión el Cristianismo; en industria la pólvora y la imprenta; en medios de locomoción el barco y el caballo y el buey; en alimentos el pan y el vino; amén de todos los ideales del humano y de todas las esperanzas congénitas al espléndido alborico del espíritu moderno. Así ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de

su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los para-rayos, contrastando las nubes y sus devastadoras centellas como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos que comunican á una con su red eléctrica semejante á la red nerviosa todos los continentes entre sí de la tierra y el telescopio que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos la Iglesia cristiana henchida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata con esfuerzos continuos hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas así de la insolente dictadura como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese Méjico, cada día más ordenado y más progresivo y más firme no obstante rodearlo por todas partes el oleaje de las ideas nuevas é impelerlo todos los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad; y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia. Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede no desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de canníbal celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio, donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éther de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te-Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos,

no será mucho no creer que, un día no lejano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo hayan allegado mayor conocimiento de todo lo que han debido á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

EMILIO CASTELAR

Marzo 26 de 1892.



EL CAPITOLIO EN WASHINGTON

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA